



El profesor Tierno y la música

Unas declaraciones del profesor Tierno han sentado mal en los medios musicales. Según parece, nuestro alcalde ha expresado ciertas reticencias hacia la música. Fiel a una tradición cultural española que no por tener una ilustre prosapia —Unamuno, por no ir más lejos— es menos criticable, el profesor Tierno parece sostener que la música tiene efectos de adormidera con respecto al pensamiento. Pero lo malo no es lo que haya dicho Tierno, sino las interpretaciones que se le están dando en algunos medios culturales notablemente escorados a la derecha.

Por ejemplo, recientemente un conocido comentarista musical de una emisora madrileña llegó a sugerir que con el nuevo Ayuntamiento a lo mejor hasta nos quedamos sin Banda Municipal. Lo cual es, sin duda, sacar los pies del tiesto y desmesurar la importancia de unas declaraciones posiblemente hechas un tanto a la ligera. Es curioso que gentes que nunca tuvieron una crítica que hacer a la desastrosa política cultural de los sucesivos alcaldes digitales del franquismo, la tomen ahora, antes siquiera de que haya iniciado su trabajo, con el primer concejo elegido democráticamente en nuestra ciudad desde hace cinco décadas. Estaría bueno que los nostálgicos del franquismo nos vinieran a contar ahora que en tiempos del fallecido dictador, en las cosas de la cultura "vivíamos mejor".

De todas formas, no estaría de más insistir que Madrid —como toda España— tiene pendiente todavía esa revolución cultural de la que tantas veces nos ha hablado el profesor Tierno. Y que en la música, esa revolución es tan precisa como en cualquier otro campo de actividad cultural. Por lo pronto, hay un tema a la vista sobre el que tiene que pronunciarse el Ayuntamiento: la posibilidad de convertir el Palacio de Cristal de la Casa de Campo en un auditorio popular. No estaría mal la idea de que desde el Ayuntamiento se hiciera lo que no es capaz de hacer el Estado: que la música se convierta en algo cotidiano en la ciudad. En Madrid, en concreto, sería importante que la música saliera de ese solemne edificio que es el teatro Real. Que la gente corriente se acostumbre a que la música —como cualquier otra actividad cultural— es patrimonio de todos y que todos pueden disfrutarla.

Este, y no unas declaraciones que además están siendo desfiguradas constantemente, es el gran tema que se presenta ante la renovación democrática de los Ayuntamientos. Ya que el Estado sigue mirando para otro lado cuando se habla de cultura, que la transformación pendiente venga desde los consistorios democráticos. Que desde ahí se traten los programas y los proyectos sugestivos que posibiliten que la cultura se ponga al alcance del pueblo entero.

JAVIER ALFAYA

Elogio desmedido de...

Dámaso Alonso

JOSE AGUSTIN GOYTISOLO

Cuando en el desastroso ambiente cultural de la posguerra civil aparecieron los libros "*Oscura noticia*" e "*Hijos de la ira*", ocurrió como si en el pecho de todos los lectores de poesía se hubiese detectado un ligero temblor de esperanza, perceptible en medio de la desolación y del absurdo triunfalismo. Dámaso, Damasico, con tanto miedo en el cuerpo como el que más, el chico estudioso, el profesor bajito y sonriente, se había atrevido a romper el coro de los poetas falangistas y el orfeón de los poetas celestiales que, alimentados de los despojos de Garcilaso, ponían una macabra música de fondo a los desmanes de la dictadura.

Sus hijos de la ira, sus poemas, además de entroncar con la rota línea de la mejor poesía del grupo de 1927, devolvieron el coraje de escribir a poetas como Blas de Otero, Victoriano Crémer, Gabriel Celaya, Eugenio de Nora, José Hierro, Carlos Bousoño, y otros que siguieron. No importa que más tarde, y por explicable, pero no perdonables, exigencias ideológicas de eficacia (?) política, ciertos de los poetas citados y otros aún en peor grado, sacrificasen la calidad literaria, el trabajo bello y bien hecho que ha de ser un poema, en aras de una pretendida comunicación directa con el pueblo, cometiendo así un doble error: escribir mal y demostrar su desconocimiento de lo que es el pueblo y de lo que debe ser la poesía.

Pero Dámaso Alonso continuó alterando su trabajo como filólogo con sus quehaceres de poeta. La pasión por Góngora y por la poesía barroca española le ha llevado montones de días y horas de consultas, escritos, trabajos y cotejos. Para no cansar: estudió además la poesía de tipo tradicional, las *jarchas*, Gil Vicente, Medrano, Juan de la Cruz, y trabajó con Amado Alonso en tres libros sobre poesía española, en los que aplicó la estilística y el formalismo a la crítica literaria.

Para el tiempo: su casa, en la llamada en aquellos años avenida de la Luz, en

Chamartín de la Rosa, comienza a verse asediada por altos edificios. Dámaso observa con hostilidad y cabreo el acercamiento de los horrendos bloques, ve desaparecer la casi inexistente avenida y surgir en su sustitución la ancha calle Alberto Alcócer; el tranvía 14, que sus amigos y discípulos empleábamos para ir a verle, y él para desplazarse al centro, deja paso a una línea de autobuses. Ya nadie reconoce allí al que antaño fue llamado "barrio de las cuarenta fanegas".

Con "*Hombre y Dios*" continúa Dámaso Alonso con su vocación de escritor desesperanzado que se aferra a la esperanza, del pobre Dámaso contento de estar vivo, pero temeroso ante el dolor y la muerte. Siguen sus publicaciones sobre literatura española: "*De los siglos oscuros al de oro*", "*Primavera temprana de...*", "*Poesía española, ensayo de métodos y límites estilísticos*", y otros títulos que me dejó. Es elegido director de la Real Academia Española, y para celebrarlo dobla su trabajo, como un forzado, con el entusiasmo de un joven profesor de recién estrenada licenciatura.

Pero la hostilidad de la capital, de este Madrid que ha pasado de ser una ciudad de más de un millón de cadáveres a una cárcel de más de tres millones de reclusos, no cesa. La casa de Dámaso Alonso está emparedada entre dos desastres arquitectónicos que bordean su jardín. El propietario de la pequeña franja de terreno que da fachada a la calle Alberto Alcócer, por donde tiene acceso la casa de Dámaso, cedió a una empresa de publicidad el derecho a la colocación de unas grandes vallas anunciadoras: era el encierro total. Pero me cuentan Lali Soldevilla y Jaime Borrell que los obreros que estaban colocando los grandes armatostes publicitarios oyeron con asombro a un señor bajito y calvo gritar, con entusiasmo, dentro del jardín: "¡Eulalia, hija, ven; están tapándolo todo, están tapándolo todo, qué suerte, ya no veremos ni oiremos nada!". ●

